

LA TERCERA DECADENCIA

LA TERCERA DECADENCIA

REBECA MARTÍNEZ ORTEGA



*A Juanma, por todo el apoyo
y por no dejarme caer nunca*

PRÓLOGO

El robo

Yaisha se quitó la corona y lanzó un suspiro de alivio. El metal plateado se le clavó en las sienes provocándole un fuerte dolor de cabeza y notaba el cuello agarrotado bajo el peso del brillante aro. Tan brillante que le costaba mirarlo. La joya azulada que relucía en el centro era una estrella cegadora que le obligaba a apartar la vista. Todos los que la vieron en la ceremonia de prueba quedaron deslumbrados por lo hermosa que lucía con sus joyas y su largo vestido. La princesa pronto superaría ese título y se convertiría en reina. Un cargo de gran peso.

Tan pesado como aquella maldita corona.

Yaisha se la había quitado de encima sin demasiado tacto y al instante se sintió liberada. El pelo rojizo se le alborotó ligeramente y algunos mechones rizados se enredaron con ella, como si la propia corona quisiera encadenarse a ella. Apartó los rebeldes rizos y la miró con disgusto. Ahora que estaba sola en plena noche, en la sala de ceremonias, ya no tenía que fingir. No quería un cargo como aquel. No había sido una buena princesa. Desde luego, no sería una buena reina.

—No tengo elección, ¿verdad? —preguntó a su reflejo vibrante en la fuente donde se bañaría dentro de poco. Otra de las incomodidades de convertirse en reina: la absurda tradición de bañarse en agua de dioses delante de todos los invitados. Sí, lo haría con su vestido de seda, pero de todas formas ¿qué necesidad había de seguir haciendo esas bobadas en pleno mil veintidós? El mundo había cambiado. La religión era algo más parecido a la mitología que a una verdadera creencia, y ya ningún otro país de los Reinos de Aeolos mantenía esas costumbres. Los pocos creyentes que todavía seguían las enseñanzas de los Sagrados Fundadores se concentraban en mayor medida en Saddlonia. Y ella era atea desde que tenía uso de razón.

Una cosa más que no debía saber nadie.

Metió la mano en el agua helada y se preguntó si de verdad bañándose ahí tendría a los dioses Aere y Losdar de su lado. Apartó esa idea de la cabeza y dejó la corona con sumo cuidado en la vitrina junto al lugar donde estaba el brazalete ceremonial. O donde debería haber estado. La princesa parpadeó confusa y se acercó al cristal. Tardó unos segundos en comprender que el brazalete había desaparecido.

Miró a su alrededor. La sala estaba a oscuras. Solo la tenue iluminación de las farolas en los jardines reales constituía un resquicio de luz. No se escuchaba nada. Ni pasos, ni voces, ni ningún otro sonido que pudiera ponerla en alerta. Parecía estar sola.

Pero no lo estaba. Habría sido un error pensar eso.

Infló los pulmones y procuró deslizar con un sutil movimiento el cuchillo que guardaba en la manga del vestido hasta la mano. Su madre nunca había estado de acuerdo con

que una princesa llevara un arma encima, pero tal vez ese día se alegraría de no haberla escuchado.

—Sé que estás ahí —dijo con tono altivo—. Devuélveme el brazalete y podrás irte tranquilamente.

Aquello, por supuesto, era mentira. ¿Quién dejaría ir a un ladrón lo bastante astuto como para colarse en palacio y robarle delante de sus propias narices? Durante unos largos segundos, no hubo respuesta. No hubo ningún movimiento. «¿Se ha ido?», pensó. Yaisha reflexionó sobre la posibilidad de gritar para que vinieran a ayudarla, pero no lo hizo. No sabía lo peligroso que podía ser y cabía la posibilidad de que llevara armas de fuego encima. Como poco era sigiloso y rápido, dos cualidades que la ponían en desventaja. Estaba sola frente al peligro.

—No creo que me dejes ir tan tranquila —dijo una voz en algún punto indefinido de la sala.

«Una mujer.» Yaisha intentó averiguar de dónde procedía la voz, pero le resultó imposible averiguarlo. El eco complicaba discernir su origen.

—Devuélveme el brazalete —dijo la princesa con su tranquilidad a punto de quebrarse—. Déjalo en el suelo y lárgate. Nadie te hará nada.

En su mente ya estaba planeando cómo avisar a los guardias para que la atraparan a tiempo. Probablemente saldría por la puerta que daba a los pasillos más cercanos a la salida de palacio, donde mandaría a un buen puñado de guardias para atraparla y...

—Verás —dijo la ladrona—. Necesito este brazalete para una cosa.

—¿Para qué?

—Para venderlo.

Yaisha apretó los puños y una oleada de rabia la invadió. Una parte de ella, la parte más necia, quería encontrarla y arrastrarla del pelo hasta una celda. Trató de tranquilizarse. Desde hacía unos meses, intentaba que fuera su lado sensato el que tomara el control de sus decisiones.

—Venderlo, vaya. No creo que nadie quiera comprar una joya robada a una casa real.

—Uy. —Una chica menuda y sonriente apareció tras ella—. Te sorprenderías.

Yaisha dio un respingo y se apartó. Resopló al verla bien. No parecía una delincuente peligrosa, sino era una ladronzuela de poca monta. Dudaba incluso de que llevara armas encima. ¡Pero si solo era una joven! No tendría más de dieciocho. ¿Cómo había podido burlar la seguridad de palacio?

Antes de que pudiera preguntar, la chica pasó fugaz por su lado y corrió hacia el ventanal que daba a los jardines reales.

—Ah, no. ¡De eso nada! —Yaisha corrió tras ella. Aunque aquella chica la superaba en agilidad, la princesa no pensaba dejar que huyera sin más.

Estaba cerca. La alcanzaría. Un jirón de su chaqueta ondeaba cerca de sus dedos. Ya la tenía. No llegaría a la ventana. Y aunque llegara, no tenía nada que hacer. El ventanal estaba a más de diez alturas del suelo.

La ladrona siguió corriendo. Los dedos de la princesa rozaron la tela antes de que la criminal se lanzara al vacío sin un solo titubeo.

Lo último que vio Yaisha fue el destello de las joyas del brazalete.

PARTE 1

LOS BARRIOS BAJOS

CAPÍTULO 1

Negocios

Siann se puso el brazalete y observó el resultado con desilusión.

Lleno de brillantes y joyas, colgaba en su muñeca como un despojo de lujo. Siendo sincera, la que parecía un despojo era ella. La ropa raída y sucia, el cuerpo flaco y el pelo enmarañado, imposible de desenredar. El resultado era cuanto menos triste. Había esperado que la flamante joya le aportara algo de elegancia, pero lo cierto es que aquel bonito adorno palidecía entre tanta miseria. El ambiente tampoco acompañaba. Siann estaba escondida entre los restos derruidos de lo que una vez fue una poderosa mansión. No era una excepción donde vivía. En los barrios bajos de Saddleton lo extraño sería encontrar un edificio en perfectas condiciones.

Siann le dio vueltas con el dedo. Las incrustaciones pasaban delante de sus ojos con un brillo efímero. Lo sacó de su brazo y lo escrutó con interés. ¿Cuánto dinero le darían por él? Esperaba que, al menos, unos cuantos miles de saddones.

O lo que era lo mismo: lo suficiente para escapar del fin del mundo y de su familia.

—Bonito brazalete. ¿Me lo prestas?

Siann se quedó helada. Helada como el filo que alguien apretaba contra su garganta. Boqueó como un pez, pero no se atrevió a emitir ningún sonido. Vaya, el brazalete había durado una noche entera con ella antes de que vinieran a arrebatárselo. Lo raro es que no se lo hubieran robado antes. El asaltador soltó una risita y apartó la navaja. Siann se atrevió a girar la cabeza y soltó un suspiro de exasperación al ver el rostro burlón de su amigo.

—Eres un capullo, Shiff —bufó, airada—. Me has dado un susto de muerte.

El chico mantuvo imperturbable su expresión y se sentó en el suelo junto a Siann.

—¿Puedo? —Extendió la mano hacia la joya, pero Siann la alejó de él.

—Quiero verte las manos primero.

Shiff frunció el ceño y le mostró las palmas.

—Sucias. No vas a tocar el brazalete, lo siento. ¿Se puede saber qué haces para llevarlas siempre llenas de arañazos y mugre?

Shiff se encogió de hombros.

—Vivir en los barrios bajos.

Siann se mordió el labio. Podría haberle señalado que su ojo blanco, totalmente ciego, le impedía ver bien por donde iba y le hacía tropezar a menudo, pero decidió ser cauta y guardarse sus pensamientos. Lo mínimo que habría hecho Shiff sería mandarla a la mierda.

—Eso debe de costar un dineral en el mercado negro.

Siann alzó el brazalete ante un haz de luz que se colaba por un agujero del techo. Estrechó los ojos, examinando las joyas.

—¿Cuánto crees que pueden darnos por esto?

—Habría que llevarlo al Viejo Chesconio para que le eche un ojo, pero yo diría que... —Shiff se mesó los escasos pelos de la barbilla y sonrió—. Seremos asquerosamente ricos.

—No es una cifra exacta, pero está bien.

—Más que bien.

Gritos. Siann y Shiff se pusieron en pie de un salto. El chico miró a través de un pequeño agujero en la pared y agravó el gesto.

—Guardias —dijo sin apartarse de la improvisada mirilla.

Siann vio a lo lejos a la mismísima princesa Yaisha con cara de pocos amigos. Gritaba órdenes sin demasiado decoro y los guardias buscaban entre las calles de los barrios bajos. Algunos de ellos estaban peligrosamente cerca de su escondite.

—Deberíamos irnos de aquí —decidió Shiff—. Están demasiado cerca.

Siann asintió. Guardó el brazalete en el bolsillo interno de su chaqueta y corrió hacia la salida trasera, seguida de su amigo.

Antes de proseguir su marcha, Siann agarró la manga de su compañero para detenerlo.

—Ten cuidado —le advirtió Siann—. Recuerda que estamos ahora mismo en el barrio Verde y...

—Lo sé —replicó su amigo de mala gana—. Musgo, raíces y adoquines rotos por todas partes. Cuidaré de no matarme por el camino.

Siann asintió, palmeó la espalda de Shiff y continuaron su camino.

En los barrios bajos, las ruinas y la falta de mantenimien-

to convertían cualquier huida en una carrera de obstáculos. Cada zona tenía sus pequeñas diferencias que lo hacían especial. En el barrio Verde la vegetación empezó a crecer de forma descontrolada a raíz de la Primera Decadencia, convirtiendo aquel lugar en un recuerdo lejano de lo que fue.

Shiff intentaba correr lo más deprisa posible, sorteando las raíces y los adoquines que las plantas habían destrozado con su imparable crecimiento. Siann era mucho más ágil; a fin de cuentas, ella se había criado en aquellas calles desde pequeña y tenía una vista perfecta. Recorría las estrechas callejuelas con una habilidad imparable de la que no le avergonzaba admitir que estaba orgullosa.

Lo malo era que, en aquella ocasión, también debían esquivar a los guardias.

Siann se ocultó detrás de un alargado edificio que debió de ser majestuoso en tiempos mejores. Su amigo se detuvo y aprovechó para tomar aliento.

—Iremos por allí —susurró Siann, señalando una de las calles—. Llegaremos antes al barrio de Cavernas si tomamos ese atajo.

La chica salió de su escondite sin esperar respuesta. Shiff la siguió, vigilando sus alrededores.

—¿Nos sigue alguien? —le preguntó ella.

—No, creo que siguen buscando por las zonas más cercanas a los barrios altos.

—Bien.

Corrieron calle abajo, camino al corazón de los barrios bajos. En aquel lugar no era raro ver a alguien correr. Lo habitual era que escaparan de malhechores aún peores que ellos.

—Ya hemos llegado. —Shiff se secó el sudor de la frente—. Hogar, dulce hogar.

Siann no pasó por alto el tono agrio con que dijo la última frase.

—Vamos —lo apremió—. Cuanto antes hablemos con el Viejo Chesconio, mejor.

Avanzaron por una de las serpenteantes callejuelas que abundaban en aquella zona. Los edificios a ambos lados eran tan altos y estaban tan cerca que tuvieron que entrar en fila. Las formas abultadas que sobresalían de las paredes tampoco ayudaban a facilitar su paso. Siann odiaba el barrio de Cavernas más que ningún otro. La primera razón era aquella extraña disposición que daba su nombre al lugar: los edificios elevados y las calles estrechas hacían que la luz del día no alcanzara más que algunos rincones durante pocas horas. El resto del tiempo, el barrio permanecía entre sombras. Las paredes y techos tenían una superficie bulbosa e irregular como los de una cueva.

La segunda razón era porque aquel era su hogar desde los doce años.

Siann avanzó primero. Conocía mejor que Shiff al Viejo Chesconio y no le asustaba su jerga chesca. Al contrario: negociar a menudo con él le había proporcionado un interesante don para tratar con extranjeros que no se habían molestado en aprender bien el saddonio.

Al final de la calle, donde los edificios se estrechaban un poco más haciendo latir la claustrofobia de Siann, se hallaba la vivienda del Viejo Chesconio. La puerta estaba pintada de azul claro, pero sobre el color había diversas manchas multicolores, como si alguien hubiera sacudido sus pinceles en ella. Siann sabía que aquella era una de las tantas excentricidades de aquel hombre. La punta del iceberg.

Tocó la puerta. Cuatro golpes firmes. Esperó unos segundos y repitió el repiqueteo.

Dentro de la casa, escuchó a un loro graznar y aletear. También un gato soltó un bufido y se afiló las uñas en la puerta. Después, unos gritos agudos de alguien que no tiene ganas de visitas.

—¡Ya, ya va! *¿Quién se en horas estas viene mi casa en?*

—Somos Siann y Shiff de Lobos, señor Lavertten.

—¡Ah, *Seeann* y *Sheeff*! *¡Basfinos adrochenes!* —Un hombre pequeño y de escasos dientes abrió la puerta con cara de fastidio—. *¿Qué en quieren mi casa por en horas estas?*

Siann giró los ojos.

—Señor Lavertten, siempre nos dice lo mismo. Nunca es buena hora para venir a verle.

—¡Son las cinco de tardes! ¡Mi hora de en dormirse!

Siann arqueó las cejas, impaciente.

—¿Podemos pasar o no?

—Sí, pasan. Basfinos adrochenes, no pisan gato de mí, o nueva escopeta pruebo con adrochenes cabezas, ¿eh?

Un gato obeso estaba tirado en el suelo. Su maullido lastimero agitaba al loro, que estaba agarrado a una lámpara de techo sujeta tan solo por un cable medio pelado.

—¡Gato malo! ¡Gato malo! —graznaba una y otra vez el loro, con las alas en constante agitación.

—Disculpan vosotros, gato celo en con gata de calle.

—Entiendo —dijo Siann, pasando de largo junto al felino. Shiff, que iba tras ella, le tocó el hombro.

—¿Qué significaba eso de basfinos no sé qué?

—«Putos ladrones.»

—Ah.

El interior de la casa estaba en penumbra. Lavertten había tapado todas las ventanas con trozos de madera reseca. De las lámparas que había repartidas por encima de los muebles, solo tres alumbraban. El suelo mohoso recordaba a las calles del barrio Verde y las paredes y el techo tenían manchas de humedad. El desorden campaba por todo el salón y las moscas se apiñaban alrededor de los sillones. El hedor obligó a Siann a arrugar la nariz. A medida que se acercaban a los sillones la peste a orina y podredumbre se hacía más insoporable.

—¿Adrochenes quieren comer? —Lavertten sacó una sartén doblada y oxidada con un contenido amarillento que recordaba al pus de una herida infectada—. Plato bien, típico de en Chesconia. —El viejo se relamió con tanta exageración que salpicó saliva al suelo.

—No tengo hambre, gracias. ¿Siann?

—Acabamos de comer, pero gracias.

El Viejo Chesconio se llevó la sartén a la cocina y de camino murmuró algún improprio en su lengua.

—¿Qué narices era eso? —preguntó Shiff, asqueado.

—Creo que prefiero no saberlo.

—Odio venir aquí.

Siann alzó las cejas y puso los ojos en blanco.

—A mí me encanta.

—No hace falta ser sarcástica. Solo era un pequeño desahogo.

—Pues pon cuidado en que no nos oiga. Ese viejo chiflado puede ser un poco raro, pero sabe moverse entre potenciales compradores.

Shiff iba a añadir algo, pero Lavertten regresó.

—Tú si quiere esto, ¿eh? —le dijo al chico. Agitó delante de él un paquete de cigarros marca Shiff y observó que al ladrón se le iluminaron los ojos.

—A esto nunca le diría que no.

El viejo sacó un cigarrillo y lo prendió con un pequeño mechero.

—Es marca bien.

—Más que bien —respondió él. Dio una larga calada—. No por nada lo elegí como mi nuevo nombre. Gracias, Lavertten.

—Placer es. Un día en tendrá que contar a nosotros historia de tu nombre de en verdad —dijo el chesconio, encendiéndose uno. Tendió la caja hacía Siann, que lo rechazó con la mano.

—Lo dejé hace tiempo. Prefiero no volver a caer.

Shiff lanzó el humo gris al aire.

—Tú te lo pierdes.

—Bueno, basta hablar de en bobadas. Se tienen algo de en valor por mí, ¿eh?

Shiff miró a su compañera por el rabillo del ojo.

—Sí, sí que tenemos algo de valor para ti —respondió Siann. Metió la mano en el interior de su chaqueta y sacó el brazalete.

El Viejo Chesconio dio un respingo y el cigarrillo cayó de su boca. Lo pisó sin darse cuenta y cogió el brazalete con delicadeza.

—Hermoso. Valor mucho, también.

Siann intercambió una mirada cómplice con su amigo y preguntó:

—¿Cuánto exactamente?

Lavertten giró la joya ante él. La examinó de cerca con la minuciosidad de un entendido. Sin dejar de observarla con detenimiento, respondió:

—Exacto no sé yo. Veinte y mil saddones, o más que puede. Yo en creo que puede treinta y mil.

Shiff silbó, satisfecho. Eso sí lo había entendido de sobras. Siann intentó controlar los nervios e inspiró profundamente.

—¿Conoces a alguien a quién le pueda interesar?

—En conozco, sí. *Seeann*, ¿en dónde de sacó esto?

Esa era la parte difícil. El Viejo Chesconio podía aceptar mercancía robada en tiendas o puestos de la calle, incluso de alguna casa adinerada, pero nunca se metería con la realeza. A pesar de su brillante discreción a la hora de hacer negocios, vender el brazalete ceremonial de la princesa suponía un riesgo que no estaba dispuesto a correr.

—Una subasta —mintió ella—. Se celebró hace unas semanas en una ciudad cercana. Antes de que lo sacaran a la puja, yo ya lo había robado. Pocos lo echaron en falta.

—Subasta, ¿eh? —El Viejo se frotó la cabeza y sus dedos huesudos se enredaron en la escasa maraña de pelo gris—. Subastas no importa a mí para vender.

—Me alegra oír eso.

Lavertten achinó los ojos y levantó un dedo acusatorio hacia la ladrona.

—Pero si basfinos adrochenes mienten a mí, nueva escopeta pruebo con adrochenes cabezas. —El mismo dedo señaló una pared, donde colgaba una escopeta que a primera vista tenía poco de nueva. Siann tragó saliva de forma exagerada y fingió tomarse en serio la amenaza del viejo.

—¡Por los Sagrados Fundadores, no! Nunca te mentiríamos en algo así. —Levantó las palmas como si se rindiera ante él—. Somos ladrones y negociantes de los barrios bajos. Tenemos que respetarnos entre nosotros.

El viejo sonrió, mostrando cuatro dientes podridos.

—Sabia chica, sabe que dice, ¿eh? ¡Bien! Yo en quedo brazaletes para compruebo valor, luego vendo a comprante y doy dinero a adrochenes.

—Estupendo —dijo Shiff entre humo.

—Pero ya saben adrochenes que interés hay por mí.

—Por supuesto —asintió Siann.

—Interés de en brazaletes grande es, ¿eh?

Shiff frunció el ceño.

—¿Cuánto quieres?

El Viejo Chesconio acarició las incrustaciones con expresión pensativa.

—Quiero cinco y mil saddones.

Shiff apagó el cigarrillo contra la mesa desgastada.

—Ni de broma —escupió.

—No yo regateo con adrochenes —replicó el Viejo tratando de no mostrarse ofendido—. Yo digo interés y adrochenes aceptan o no.

Shiff y Lavertten miraron a Siann a la espera de su opinión. Ella lanzó una mirada a Shiff que intentaba transmitir confianza.

—Me parece un trato justo. —Extendió la mano hacia el Viejo.

Lavertten se la estrechó con una gran carcajada.

—¡Buen hecho! Sabia chica, sabe que en negociar con mí bien idea es, ¿eh?

—Por supuesto —respondió ella. Disimuló el asco que le producía la mano sucia del vendedor y buscó algo con lo que limpiarse, pero allí no había nada que pudiera usar. Terminó restregándose la mano contra su propia chaqueta. Lamentó no haber obligado a Lavertten a lavarse las manos antes de tocar la mercancía.

—Creo que es hora de irse —farfulló Shiff, contrariado.

—Estoy de acuerdo. Ha sido un placer hacer negocios con usted.

—Placer es de mí —asintió el Viejo Chesconio. Examinó de nuevo la joya y añadió—: Ya saben dónde en la puerta está. Y recuerdan adrochenes, no pisan gato de mí, o...

—Sí, sí —le interrumpió Siann—. La escopeta nueva.

—Sabia chica. —El viejo soltó una carcajada y tosió con fuerza.

Shiff salió de la casa, enfurruñado. Cuando su amiga cerró la puerta, se encaró a ella.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le espetó—. ¿Cinco mil? ¿Estás loca?

—Confía en mí. Esa cifra no es nada en comparación con lo que va a conseguir por el brazalete.

Shiff echó a andar con las manos en los bolsillos y Siann lo siguió de mala gana. No por ir tras él, sino por salir de una maldita vez de aquella callejuela asfixiante.

—¿Y si gana más y se queda con el resto? —preguntó él—. ¿Crees que si le dieran un millón de saddones se conformaría con cinco mil?

Llegaron a la descuidada calle por donde habían escapado de los guardias. Esta vez, anduvieron con calma, sin necesidad de huir de nadie. No era porque el peligro hubiera pasa-

do —la princesa Yaisha seguía queriendo el cuerpo de Siann balanceándose en una soga—, pero al menos no temían que alguien de los barrios bajos pudiera atracarlos. Ya no llevaban nada de valor que lamentaran perder.

—Créeme. He negociado montones de veces con él. Puede ser un tipo excéntrico, pero es legal. —«A su manera», pensó, mordiéndose la lengua—. Si ha dicho que quiere esa cantidad, no se quedará ni un saddón más.

Shiff resopló, nada convencido.

—Espero que tengas razón.

—La tengo —insistió ella. Se acercó a él y le susurró al oído—. ¿Y sabes qué?

Shiff la miró expectante y ella le sonrió.

—Que pronto seremos ricos.

CAPÍTULO 2

El líder de la familia

No muy lejos de la casa de Lavertten, vivía la familia de Lobos. Siann no tenía ningún interés en entrar a su destartado hogar. En tiempos mejores, aquel edificio de diecisiete plantas había sido un mercado rico, con cientos de puestos y tiendas con todo lo que alguien pudiera imaginar. No importaba lo raro, estrafalario o exclusivo que fuera: si no lo vendían allí, no lo venderían en ningún otro sitio. La economía de Saddleton se mantenía en auge gracias a la importación mundial. Quien necesitaba bienes de lugares lejanos, podía conseguirlos sin importar su procedencia. Las especias exóticas de Las Eras y las telas de lujo de Zerustria eran las más demandadas. Siann no había conocido los tiempos en los que los embriagadores perfumes de Korionde envolvían a los visitantes al entrar, ni la decoración de estilo chesca, con sus vivos colores y sus formas geométricas que revosaban en el vestíbulo. En la entrada, solía haber dos puertas de cristal, siempre abiertas al público. Sobre ellas colgaban letras luminosas que rezaban: «Mercado de Saddleton Oeste». Las paredes seguían siendo abolladas, grumosas como las de una

cueva. En aquella época, el estilo arquitectónico era mucho más abstracto y buscaba formas de sorprender a la gente. Todo el barrio de Cavernas gozaba del poder suficiente para convertirse en un paisaje arquitectónico pintoresco. Pero con el paso del tiempo, lo pintoresco se volvió antiestético y poco práctico, por lo que la sociedad volvió a optar por edificios sobrios y blancos, con líneas rectas y nada de bultos. El barrio de Cavernas perdió prestigio y, aunque todavía ostentaba poder económico para sostenerse, la Primera Decadencia provocó una oleada de desastres naturales que afectó en especial a aquellas zonas. El abandono convirtió aquel lugar idílico en lo que era hoy.

Del recuerdo de aquel mercado, solo quedaban algunas letras mugrosas, cuyas bombillas restantes dejaron de iluminar hacía tiempo. Ahora podía leerse: «Er ad Sdto O s». La ese y la te colgaban de unos cables mordisqueados por las ratas, amenazando con caer en cualquier momento.

—No tengo muchas ganas de entrar —comentó Siann, siguiendo con la mirada el balanceo de la letra te.

Shiff contrajo el gesto ante el edificio y escupió en el suelo. Subió las cuatro escaleras que llevaban a la entrada e hizo una reverencia exagerada.

—Las damas primero.

Ella entornó los ojos y miró a un lado y al otro.

—¿Damas? No veo a ninguna por aquí.

Shiff soltó una risita y entraron juntos al vestíbulo. Se trataba de un espacio de grandes dimensiones, con suelos desgastados y paredes tan bulbosas como las externas.

Al fondo del salón, tras una mesa de recepción similar a las de un hotel, un hombre gordo, medio calvo y sin camiseta

leía los restos de un periódico amarillento que había vivido tiempos mejores. Estaba sentado en una silla de oficina azul, tan maltrecha que encajaba perfectamente en el ambiente ruinoso. Los pies descansaban cruzados sobre la mesa, y la ausencia habitual de zapatos se hacía presente en la peste y la suciedad de sus plantas.

Siann y Shiff avanzaron a desgana hacia el hombre. Años atrás, en los tiempos en los que el Mercado se merecía ese nombre, la zona de recepción servía para informar a los visitantes de en qué planta y en qué tiendas podían encontrar lo que buscaban. Ahora la recepción estaba custodiada por aquel hombretón de malas pulgas que acostumbraba a ir medio desnudo por la improvisada mansión cada vez que se embriagaba.

—Gordo Bor —saludó Siann con desprecio—. Dime que esta vez llevas pantalones.

El aludido frunció el ceño sin levantar los ojos del periódico.

—Llevo unos calzoncillos rotos por la raja del culo, ¿te vale? —gruñó, arrastrando las palabras. Un fuerte olor a licor escapó de su boca y obligó a los ladrones a arrugar la nariz.

La chica giró los ojos y decidió ir directa al grano:

—¿Ha venido hoy Jorn?

—Y yo que coño sé. Ese cabrón va y viene sin decírselo a nadie. —Gordo Bor giró una de las pocas páginas del periódico y comentó—: ¿Sabéis que el Mercado de Saddleton Oeste ha vuelto a batir récords de ventas este mes?

Shiff torció el gesto.

—¿Tienes un periódico de hace ciento cincuenta años?

—Ciento cincuenta y dos. Se lo compré a un anticuario.

—Siento decirte que te ha timado.

—¡Qué sabrás tú! El anticuario me aseguró que era verdadero. No te pases de listo conmigo, hijo de una puta barata.

Siann cogió la mano de Shiff antes de que pudiera alterarse. Notó en los tendones de su cuello la tensión de la mandíbula prieta. Siann sabía que no haría nada, pero prefería no arriesgarse. Aunque su amigo era más de lanzar miradas venenosas y cerrar la boca, temía que algún día el carácter de Shiff lo metiera en problemas. Otra vez.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Siann sin soltar la mano de su amigo—. Ya nos veremos.

—Que os den —replicó Gordo Bor. Y devolvió la atención a las hojas amarillentas.

Shiff se quedó mirándolo. Siann temió que perdiera los estribos y tiró de él. Le hizo un gesto de advertencia y lo arrastró a las escaleras.

Cuando estuvieron a una altura suficiente para que no lo escuchara, Shiff se puso a escupir improperios en su lengua natal. No es que Bor fuera a entenderlo, pero más le valía ser cauto cuando insultaba a alguien a las espaldas. Sobre todo, a uno de los Mayores.

—¿Ya has terminado? —le preguntó Siann tras una buena retahíla de palabrotas.

Shiff clavó la mirada en ella. Su tez enrojecida regresaba poco a poco a la palidez habitual.

—Por hoy, sí.

Siann iba a soltar un comentario sarcástico, pero se lo pensó mejor y no dijo nada. Cuando se trataba de la familia, Shiff era muy valiente a las espaldas. Pero a la cara, siempre

acababa igual: miradas hoscas, algún gruñido por lo bajo y agachando las orejas. Y, cuando nadie podía oírle, un montón de palabras malsonantes en orstenziara. En realidad, Siann lo prefería así. Shiff había aprendido a las malas que en la familia de Lobos había que saber callar y largarse. Y más después de lo que ocurrió la noche en que casi le arrancaron el ojo izquierdo.

Siann se descubrió mirando su iris, completamente blanco. No destacaba demasiado con el pelo largo tapándole a medias. Su otro ojo era tan azul como lo había sido su compañero. Desde cierta distancia, apenas se apreciaba el cambio entre ambos, pero si se miraba con atención, la diferencia era abismal.

Shiff se volvió hacia ella con gesto malhumorado.

—¿Qué miras?

—Nada. —Siann giró la cabeza, interesada de pronto en los escalones resquebrajados—. ¿Te imaginas como sería vivir en un palacio?

—No. ¿A qué viene eso ahora?

Siann bajó la voz para evitar que alguien pudiera oírlos.

—Es que estaba pensando que, con el dinero que ganemos de ya-sabes-qué, podríamos comprar uno.

Shiff sonrió con sorna.

—Así que quieres tener una vida de cuento de hadas. Qué poco te pega.

—Oh, vamos —replicó ella, ruborizada—. No me gustaría llevar la vida de una princesa, pero sí tener las riquezas de una.

—Las riquezas de una princesa —se burló él—. Y un apuesto príncipe con el que bailar a la luz de las estrellas.

Shiff pestañeó y suspiró, parodiando a una princesa de cuento enamorada. Siann infló los carrillos y apretó los puños.

—Cállate. No quiero nada de eso.

—¡Oh, mi príncipe querido! —dijo él con voz aguda y subiendo los escalones de puntillas—. ¿Por qué no me lleváis a bailar bajo la luz de las estrellas y después en volandas a vuestros aposentos para que me podáis foll...?

—¡Que te calles! —La ladrona le dio un puñetazo en el hombro, roja como un tomate—. Deja de decir gilipollices, o te tiro por las escaleras.

Shiff abrió la boca para seguir con burlas, pero el color sonrosado abandonó su rostro de golpe. Cerró la boca y Siann siguió su mirada hacia el rellano. Un hombre alto y robusto, de pelo rubio cortado casi a ras, fumaba un cigarro apoyado en el rellano del tercer piso.

—Ya habéis vuelto —observó tras dar una calada y exhalar gris.

Los ladrones se quedaron quietos, sin atreverse a respirar siquiera. Aquel hombre ejercía un efecto intimidante sobre todos. Tenía la mano libre en el bolsillo en actitud relajada. Al contrario que la mayoría en aquella familia, nunca hablaba a gritos ni perdía los estribos. No necesitaba nada de eso para hacer que cualquiera se cagara en los pantalones con una mirada suya. Si alguien lo hacía enfadar más de la cuenta, le metía un disparo entre ceja y ceja sin perder la tranquilidad ni un momento.

Y después, se retiraba a solas, a fumarse un cigarrillo.

—¿Qué habéis estado haciendo? —preguntó con sus ojos grises clavados en los ladrones—. Lleváis tres días fuera. He estado a punto de mandar a alguien a buscaros.

Siann notaba la boca seca. Si hubiera mandado a alguien a por ellos, no habría sido por las buenas. Se imaginó a algún Menor de la familia cargando con sus cabezas en un saco de patatas mientras recibía la enhorabuena y un dinerillo extra por el trabajo sucio.

—¡Jorn! —dijo Shiff con un toque de histeria en la voz—. Creíamos que no estabas. Acabamos de preguntar a Gordo Bor si...

—Os he hecho una pregunta. —Dio una nueva calada. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás mientras liberaba el humo de su boca.

—Estábamos por el barrio Verde —contestó Siann con gran esfuerzo para que el miedo no se hiciera notable—. Vigilando la zona, ya sabes. Nos llegó un chivatazo de un Menor de información sobre algunos objetos de gran valor en algunas de las casas del sur. Para traértelos, claro.

—¿Habéis estado tres días en ese barrio pútrido? —Jorn tiró la colilla al suelo y la pisó. Se inclinó hacia ellos y disfrutó de la presión que ejercía con una sola mirada—. ¿Creéis que soy estúpido?

Ambos guardaron silencio. Sabían que lo mejor en esos casos era no responder y poner mirada de cachorrito.

—Hay rumores sobre un robo en palacio —continuó él—. ¿Sabéis algo?

Los ladrones se miraron aterrados.

—Nada de nada. Bueno, sí hemos escuchado algo sobre un brazalete desaparecido, pero nada más —se apresuró a contestar Shiff.

Siann casi podía ver el corazón de su amigo golpearle en el pecho con cada latido. El suyo le trepaba por la garganta.

—Unos críos como vosotros no podrían robar a palacio y vivir para contarlo —dijo Jorn, con su acostumbrada parsimonia—. Además, si tuvierais algo de tanto valor, me lo diríais.

Lo comentó como si fuera un hecho irrefutable. Y en parte, lo era. Nadie podía guardarle secretos a Jorn. Tarde o temprano, se enteraría y volarían cabezas. A fin de cuentas, era el líder de la familia. Y ningún líder tolera a traidores.

—¿Tenéis mercancía? —continuó—. Me parece que tres días son más que suficientes para robar esos *objetos de gran valor*.

—En realidad, no tenemos gran cosa —respondió ella, y sacó las manos cargadas de los bolsillos de su chaqueta—. Solo un par de camafeos de bisutería, una petaca con ron de una tienda y una cadena de oro. Han mejorado la seguridad de la zona.

Jorn clavó sus ojos de hielo en Shiff.

—Yo tampoco he conseguido gran cosa. —Hurgó en su abrigo y sacó algo en su puño cerrado. Al abrirlo, el líder estiró el cuello para verlo mejor—. Un anillo con un brillante. No sé si será un diamante auténtico.

—Cerwen se encargará de decírnoslo. ¿Qué más?

Shiff hundió la mano en el hondo bolsillo.

—Esto. —Abrió la mano—. Parece algún tipo de moneda. Tal vez tenga valor. Parece antigua.

—Ya veremos. —Jorn puso cara de aburrimiento—. ¿Eso es todo?

—Sí —respondió Siann tras una breve pausa.

Jorn dio un paso hacia Shiff y se inclinó para estar cara a cara.

—¿No hay nada más?

Shiff notó que se le helaba la sangre. Guardó silencio un instante, manteniéndole la mirada al líder.

—No. —Su voz sonó algo aguda y pareció una pregunta.

Jorn se enderezó de nuevo y agarró el brazo de Shiff con fuerza. Él abrió la boca para gritar aterrorizado, pero ningún sonido salió de ella. El líder metió la mano en el bolsillo interno del ladrón. Al sacarla, zarandeó un paquete de cigarrillos marca *Shiff* delante de sus narices.

—No recordaba que lo tenía —balbuceó.

Siann apretó tan fuerte los puños que los nudillos se le volvieron blancos. Una parte de ella quería intervenir, pero Jorn era imprevisible. No sabía si metiéndose ayudaría a su compañero o empeoraría la situación.

El líder soltó el brazo del ladrón y él se frotó la piel enrojecida.

—Quiero que toda la mierda que habéis traído vaya ahora mismo a Cerwen. Y en cuanto a esto —agitó la caja de cigarrillos—, me lo quedo yo.

Siann asintió. Tocó el hombro de Shiff para indicarle que la siguiera escaleras arriba, pero él apenas la notó. Miraba la cajetilla de la misma forma que un niño miraría el juguete que el abusón del colegio le acababa de robar.

Jorn se encendió otro cigarrillo y le echó el humo en la cara. Shiff tosió.

—¿Quieres uno? —le preguntó.

—Shiff —lo llamó Siann, en tono de advertencia.

Él la ignoró, con los ojos muy abiertos, sorprendido por el ofrecimiento.

—Sí. —Y se apresuró a añadir—: Por favor.

Jorn sacó un cigarro de la cajetilla. Siann escuchó a su compañero respirar con ansiedad, como un perro esperando a que caiga algo de comida al suelo. Lo encendió con su propio cigarro y Shiff alargó la mano hacia él.

El líder entornó los ojos. Cuando estaba a punto de tocar los dedos del chico, le inmovilizó la muñeca. Shiff soltó un gáñido, asustado.

—Si lo quieres —el líder giró el cigarro y lo apagó en el dorso de su mano, arrancándole un grito de dolor—, gánate-lo.

Jorn lo liberó dejando caer el cigarrillo. El ladrón se llevó la mano al pecho y gimoteó. El cigarro seguía en el suelo, pero no se atrevió a recogerlo. Habría sido un error.

Siann tiró de su abrigo y le instó a marcharse cuanto antes.

CAPÍTULO 3

El valor de la mercancía

Permanecieron en silencio mientras subían las escaleras.

Shiff tenía las manos metidas en los bolsillos. Algunos Menores como ellos se los quedaban mirando y de vez en cuando murmuraban entre ellos al verlos pasar o cesaban sus conversaciones hasta que los dejaban atrás. Nada raro. Solo una muestra más de que eran Menores de baja categoría. Los renegados de la familia de Lobos.

—¿Te duele?

Shiff no respondió inmediatamente.

—No mucho. Escuece un poco, pero no es lo peor que me ha hecho ese cabrón.

—¡Shiff!

—¿Qué?

Siann echó una mirada a su alrededor. Por suerte, en aquel momento no parecía haber nadie cerca. O quizá sí. Puede que hubiera Menores de información merodeando, buscando algo que contar a los líderes. Suplicó a los Sagrados Fundadores que solo fueran paranoias suyas y no una realidad.

—Deberías tener más cuidado con lo que dices. Las paredes tienen oídos.

Shiff asintió, airado.

Al llegar al octavo piso, el ladrón se dirigió a la puerta frente a las escaleras. Siann lo retuvo antes de entrar y le preguntó:

—¿De dónde habías sacado esa cajetilla?

Shiff esbozó una sonrisa sagaz.

—Creo que ya lo sabes.

—Lo sé —replicó ella sin una pizca de humor en su tono de voz—. Quiero que lo digas.

Shiff encogió los hombros.

—El Viejo Chesconio es un poco despistado.

—Espero que no los eche en falta.

—Créeme, yo sí que los echaré en falta.

Siann puso los ojos en blanco y llamó a la puerta.

Cerwen abrió unos segundos después. Se trataba de un hombre tan delgado y encorvado que parecía un interrogante humano. Tenía un ojo verde y el otro casi negro; un rasgo común en Las Eras, el país de donde provenía. No era demasiado mayor, pero Siann sospechaba que los excesos de la mala vida habían acelerado su envejecimiento.

—Ah, vosotros —dijo Cerwen con un parpadeo lento, agotado tras muchas horas de trabajo—. ¿Qué me traéis?

—¿Podemos pasar, al menos? —preguntó Shiff.

Cerwen, por toda respuesta, se hizo a un lado y los ladrones entraron a la madriguera de Cerwen. Los demás miembros de la familia llamaban así a su despacho porque era un cubículo pequeño y oscuro, cuya única ventana estaba tapada con tablones de madera podrida. Por no decir que olía como

una. Además, el estilo arquitectónico de cueva parecía acentuarse en aquel lugar lúgubre y atestado de lo que Cerwen llamaba «tesoros».

Aunque, a simple vista, Siann y Shiff lo habrían calificado como «montón de mierda».

El despacho estaba lleno de objetos de mayor o menor valor, amontonados en cualquier rincón. Cerwen había dejado un camino libre desde la puerta hasta su mesa de trabajo, también atestada. La madriguera hacía las veces de despacho de Cerwen y almacén de mercancía por vender.

El mote de «madriguera» se lo puso Gordo Bor años atrás. En su habitual estado de embriaguez, lo rodeó con el brazo sudoroso, asfixiando al pobre Cerwen, y farfulló:

—¿Ves? Esto parece una puta madriguera. Y tú un conejo. Un conejo raquítico y pelado. ¡Ja, ja, ja!

Sobra decir que a Cerwen no le hizo tanta gracia.

Esa fue la primera y última vez que se le permitió entrar al despacho, y también la que dio origen a su mote: «Conejo». Un mote que aborrecía, pero que gustó a los demás miembros de la familia, por desgracia para él.

Conejo Cerwen se situó detrás de la mesa y apartó con el brazo parte de lo que había ahí, arrojándolo al suelo. Se dejó caer con un suspiro sobre la silla y cruzó las manos sobre el regazo.

—¿Qué me traéis? —preguntó de nuevo, con una voz dulce que no casaba con su carácter agrio.

Los ladrones vaciaron el contenido de sus abrigo sobre la mesa. Cerwen se inclinó sobre los objetos con cara de suficiencia.

—Veamos. —Cogió un broche de bisutería. Lo miró de

cerca y lo lanzó de mala gana hacia atrás. —Basura. —Cogió otro más—. Basura, basura, basura...

Fue descartándolos uno a uno bajo la mirada cada vez más decepcionada de los ladrones. Al final del recuento, solo se quedó con la petaca y la cadena de oro.

—Ni siquiera sé con seguridad si es oro, pero diría que sí. Lo comprobaré ahora mismo. Y esto —cogió la petaca con dos dedos, como si fuera un pañal sucio—, podéis dárselo a Bor. Tal vez así os ganéis su favor.

—Lo dudo —replicó Shiff, y la tomó con similar aprensión.

—Yo también, pero quien sabe. Tiene el carácter variable de un niño. ¿Esto es todo?

—Es todo —dijo Siann, decepcionada.

—Bien. —Conejo Cerwen tomó una caja con instrumentos de joyero y se dispuso a examinar la cadena, sin demasiado interés.

Shiff le indicó a su compañera con un gesto de cabeza que salieran de allí.

—No ha sido nuestra mejor semana —comentó Shiff tras cerrar la puerta de la madriguera.

—Ojalá pudiera decir que ha sido la peor —dijo Siann—. ¿Crees que nos darán de cenar o volverán a darnos la patada como aquella vez?

Shiff puso los ojos en blanco.

—¿Te refieras al día en que no conseguimos nada? No sería justo, hoy sí hemos traído cosas. —Arrugó el entrecejo antes de añadir—: Además, yo diría que Jorn está disfrutando de mi robo más que nadie.

—Olvidalo de una vez.

—¿Olvidarlo? —Su rostro se encendió en un tono rojizo—. ¿No eras tú la que estaba más harta que nadie?

Siann miró a todos lados, apurada.

—Shiff, ¿qué te he dicho antes de las paredes? —Bajó la voz hasta ser casi inaudible—. Recuerda que nos queda poco tiempo aquí.

El chico se mordió la lengua. Seguía cabreado, pero se guardó la rabia dentro. Como acababa haciendo siempre.

—¡Anda, mira quién está aquí! Si es Siann y su perrito faldero.

Apoyada en la barandilla de las escaleras, una mujer de pelo corto y morena sonreía con malicia. Era alta, mucho más que Siann y Shiff, y de complexión atlética. Vestía por completo de negro, incluyendo sus largas botas y su mochila colgada sobre un hombro. Los miraba con los ojos cargados de *eyeliner* y cinismo. Siann y Shiff intercambiaron una mirada rápida. Aquella mujer era la más peligrosa de barrios bajos, si no de Saddleton entero.

Tras ella, apareció una joven menuda y delgada, de rostro aniñado y ropa algo grande que la hacía parecer aún más pequeña a pesar de ser mayor que ellos. Les dirigió una mirada torva e hizo amago de apartarse como si tuvieran pulgas.

Una gota de sudor resbaló por la sien de Shiff. ¿Habían oído lo que estaba diciendo unos momentos antes? No daba esa impresión. Parecía que solo quería jugar con ellos, y su acompañante no mostraba un desdén diferente al acostumbrado.

—¡Skaylark! —exclamó Siann, con la misma preocupación que su compañero—. ¿Qué haces aquí?

Skaylark se acercó a ellos, con pasos de ligereza felina.

—Vivo aquí, niña estúpida.

—Lo sé. —Siann notó que empezaba a ruborizarse—.

Quiero decir, que te esperábamos mañana. Es lo que dijiste.

Skaylark agitó la mano como si espantara moscas.

—Qué más da. Nosotras ya hemos hecho nuestro trabajo ahí fuera, ¿verdad que sí, Vyam?

La chica asintió de forma casi imperceptible.

Skaylark se quitó la mochila abultada y la sacudió delante de los ladrones. Sonaba a metal y piedras preciosas, como si hubiera una joyería entera ahí dentro.

—Nosotros no hemos conseguido gran cosa —admitió Shiff. Se tragó las ganas de soltarle que estaban ocupados con un robo más importante.

Ella se encogió de hombros.

—No importa mientras Jorn esté contento. —Observó la mano quemada de Shiff por el rabillo del ojo pintado—. Pero diría que no.

El ladrón se metió las manos en los bolsillos y afinó los labios.

Si Skaylark entraba al despacho de Cerwen con toda la mercancía y resultaba ser de buena calidad, los esfuerzos de Siann y Shiff palidecerían aún más a su lado. Y ella tenía razón: últimamente Jorn no estaba contento con ellos. Aquella semana nefasta podía hacer que los expulsaran de la familia. Lo que significaba pegarles un tiro y lanzar los cuerpos al río Maguea. Así que Siann decidió que había que decir algo.

—Oye, Skaylark, sé que no te caemos bien y que no te importaría que mañana mismo nos mataran, pero ¿podrías

hablar con Jorn en nuestro favor? Ha sido una semana horrible, y lo único que hemos podido traer es un montón de basura. Si pudieras excusarnos de alguna forma...

La mujer arqueó las cejas y se llevó la mano al pecho, una fingida muestra de ofensa.

—¿Queréis que os defienda delante de Jorn? ¿Insinúas que mienta a mi marido? —Skaylark negó con la cabeza, con los ojos cerrados dramáticamente—. No puedo hacer eso. Lo siento, tendréis que arreglároslos solos. Y ahora, si nos disculpáis —Skaylark volvió a sonreír y se echó la mochila al hombro, haciendo una seña a Vyam para que la siguiera—, tengo que llevarle mi botín a Conejo.

Skaylark entró dando voces y sin llamar a la puerta, seguida de una silenciosa Vyam. Ser la líder de la familia le otorgaba ciertos privilegios a la hora de ser maleducada.

—¿Qué hacemos ahora? —Siann hundió la espalda contra la pared—. Si la cadena no es de oro, estamos jodidos.

Shiff sacó la petaca del bolsillo interno de su abrigo.

—Podríamos bajar y darle esto a Gordo Bor.

Siann lo miró, esperando una explicación.

Su amigo quitó el tapón y escupió dentro. La cerró de nuevo y agitó la petaca.

—Creo que le gustará el nuevo sabor —respondió ella con una mueca maliciosa en el rostro.

CAPÍTULO 4

Ganarse la cena

El comedor estaba rebosante de ruido y olor a frito.

La familia de Lobos se reunió para cenar. Eran más de cincuenta miembros, muchos de ellos curtidos en el arte del robo y del espionaje. Aunque también eran necesarios aquellos que preferían vivir sin más preocupaciones que las tareas del hogar.

En una mesa aparte, la única redonda de la sala, sobresalían cinco miembros que estaban por encima de todos los Menores de robo, de información y de casa. Skaylark y Jorn, líderes de la familia, conversaban sobre banalidades varias, como lo rico que estaba el pollo frito o la poca mercancía que entraba a casa en los últimos meses. A la pareja los acompañaban Yertten, un Menor de información que compartía mesa con los Mayores de forma excepcional, Cerwen, inclinado sobre su comida, silencioso y ceñudo, y Gordo Bor, que reía a carcajadas y daba sonoros sorbos a su jarra. Llevaba los mismos calzoncillos raídos que vestía por la mañana, y nada más. Se tambaleó con la jarra en la mano e hizo que a Conejo Cerwen se le cayera el tenedor. Cuando el

borracho se dobló para recogerlo del suelo, la raja se ensanchó y su culo peludo quedó al descubierto.

Siann y Shiff giraron la cabeza, asqueados.

—Joder, se me acaba de quitar el hambre —se quejó ella.

Bor intentó incorporarse, pero se cayó hacia delante.

—¡Eh, vosotros! —les gritó desde el suelo—. Una petaca excelente.

—Me alegro —siseó Shiff. Caminó deprisa hacia su sitio.

Siann y Shiff se sentaron en sus respectivos asientos. Tenían su propia mesa, que era un pupitre de colegio cuya chapa de madera estaba medio arrancada. Las patas estaban torcidas en ángulos extraños, como si hubieran doblado el metal en una forja, por lo que el equilibrio de los platos peligraba con un solo golpecillo. Shiff cogió un trozo de madera de una esquina y la puso bajo la pata coja en un intento fútil por equilibrarla.

El resto de la familia compartía mesas mejores. Por una parte, se encontraban los Menores de información y por la otra, los de robo. Los Menores de casa comían antes o después dependiendo del turno.

Y, aislados de todos, Siann y Shiff.

—Damos verdadera pena —comentó Shiff—. Somos unos marginados entre los marginados.

Siann se encogió de hombros.

—¿Quieres volver a sentarte al lado de Yeksoff, el que se rascaba la cabeza y soltaba caspa sobre tu comida? ¿O preferirías sentarte junto a Ginaida, la chica que escupe cada vez que habla? En mi opinión, no está tan mal ser una marginada entre marginados.

—Visto así, tenemos una mesa privilegiada.

Siann pasó el dedo por la madera astillada y se llevó un buen montón de polvo.

—No es como estar en un restaurante de cinco tenedores, pero no está mal.

Los Menores de casa iban sacando los platos con rapidez. Nadie quería hacer enfadar a decenas de delincuentes hambrientos, sobre todo a uno semidesnudo que no dejaba de berrear mientras agitaba su tercera jarra de cerveza.

Al cabo de media hora, todas las mesas estaban servidas.

Todas, excepto la de Shiff y Siann.

—Me parece que la cadena no era de oro —dijo ella, encogida en el asiento.

Sus tripas sonaron con furia. Siann se sonrojó. Inflo los carrillos y soltó un sonoro suspiro.

—Cuando tengamos nuestro propio palacio, nadie nos dejará sin comer.

Shiff dejó caer el codo sobre la mesa y apoyó la barbilla en su mano.

—¿Otra vez con eso? Te ganas a pulso que me ría de ti.

Siann no le siguió la broma. Cuando había hambre de por medio, no le gustaba bromear.

—Tengo hambre.

—Y yo, pero me parece que mañana desayunaremos con más ganas que nunca. Eso si nos dan de desayunar, claro.

Siann se levantó de golpe.

—Quiero cenar. Y voy a cenar.

Shiff la miró, perplejo.

—No sé qué pretendes, pero te acompaño.

Siann asintió con energía y echó a andar decidida a la mesa de los Mayores. Shiff fue tras ella intentando seguirle el

ritmo. Skaylark reía en la mesa. Llevaba una copa de vino en la mano y daba de probar algo a su marido, que le sonreía embelesado. Ambos llevaban el rubor del alcohol pintado en el rostro.

La mujer vio a los ladrones acercarse y su semblante se ensombreció por completo. Susurró algo al oído de Jorn. Él se levantó y los esperó con la calma de quien espera a dos buenos amigos con los que ha quedado.

—No nos han traído nuestra comida —dijo Siann, tajante.

El comedor se quedó en silencio, observando la escena. La tensión flotaba en la atmósfera como el humo del cigarro que Jorn le había robado a Shiff. El líder se mantuvo impasible. Las palabras le salieron pastosas y con un leve olor a vino.

—Siann, en esta familia debemos ganarnos las cosas. La comida. —Miró de reojo a Shiff, junto a ella—. El tabaco.

Siann temió por un momento que su amigo respondiera a la provocación, pero se quedó callado, con la mandíbula tensa, como si mantuviera las palabras encerradas.

—Hoy no os habéis ganado la cena. Es más, yo diría que no os habéis ganado ni siquiera dormir bajo un techo. Pero soy un hombre piadoso. —Siann contuvo las ganas de soltarle que él no tenía ni idea de lo que significaba ser piadoso—. Esta noche dormiréis en vuestras camas, arropados con vuestras mantas, y sin miedo a que un asesino o algo peor os ataque en mitad de la noche.

Jorn volvió a sentarse y añadió:

—Ya que no vais a cenar, podéis largaros a vuestros cuartos. —Les lanzó una mirada de hielo y se volvió. La conversación había terminado.

La ladrona bajó la cabeza. Los murmullos y risitas empezaron a sonar entre las mesas de los comensales.

—Vámonos, Siann —le apremió Shiff en voz baja.

Ella le agarró del brazo y se alejaron unos pasos de la mesa de los Mayores.

—No. No nos vamos.

—No hay nada que hacer.

—Aún hay algo. —Siann se giró y exclamó—: ¡Eh, Gordo Bor!

El hombre giró el cuello y la grasa de la papada colgó hacia el lado, temblorosa.

—¿Qué quieres, feúcha?

—¿Qué tal esa petaca?

Jorn torció el gesto, irritado.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Shiff en un susurro.

—¿Te ha gustado? —insistió la ladrona sin hacer caso a su amigo.

Bor alzó su jarra —la cuarta ya— y brindó al aire.

—¡El mejor ron que he probado nunca! ¡Salud! —Y se llevó la jarra a la boca. Cayó más cerveza al suelo de la que entraba en su cuerpo.

Siann se volvió hacia Jorn con una sonrisa triunfante.

—No todo ha sido inútil, ¿no?

Jorn pinchó un trozo de carne muy tostado y se lo dio a su mujer. Ella lo aceptó encantada.

Silencio. Un silencio tenso e interminable. Siann notaba todas las miradas en ellos.

—Tenéis razón. —Jorn se levantó y añadió—: Volved a vuestra mesa. Les diré a los Menores de casa que os preparen algo.

Jorn se alejó y desapareció tras la puerta de la cocina.

Siann no dejaba de sonreír.

—¡No puedo creerme que haya salido bien! —susurró al oído de su compañero.

El ladrón negó con la cabeza.

—No sé por qué, pero tengo la seria sospecha de que no va a ser tan fácil.

—Más os vale coméroslo todo. —Skaylark acarició la coronilla de Siann y Shiff. Sonreía como un ángel—. Los Menores de casa lo han preparado con mucho amor.

Los jóvenes ladrones miraban horrorizados la masa de carne que tenían en su mesa. Lo habían servido en una bandeja de metal, quemada y deformada por el calor excesivo del horno. Los trozos sobresalían de un caldo anaranjado que burbujeaba y apestaba a sangre. Siann creyó haber visto un ojo flotando en una esquina y tragó saliva con dificultad.

—Es mucho para dos personas, ¿no? —dijo Shiff. Su tez había adquirido una tonalidad amarillenta. Su nariz estaba arrugada en un triste intento de que el asfixiante olor no penetrara en ella.

—Pero os lo habéis ganado —replicó la líder—. Habéis hecho muy feliz a mi hermanito.

—¿Solo por esa petaca? —dijo Siann. Contuvo una náusea—. Tampoco ha sido para tanto. Gordo Bor se merece mucho más que eso.

Skaylark frunció el ceño y Siann recordó demasiado tarde que a la líder no le gustaba que llamaran a su hermano por su mote. Al menos, no delante de ella.

—Bor parecía de lo más contento —dijo, ya sin un ápice

de burla en la voz—. Disfrutad de la cena. En un rato vendremos a ver cómo va todo.

Sin darles tiempo a replicar, se marchó de allí cotoneando sus caderas.

Siann la siguió con la mirada hasta que cerró la puerta del comedor. No porque quisiera ver como se marchaba, sino porque no quería volver a poner su atención en el repugnante guiso.

—Puede que tenga buen sabor —aventuró Shiff sin mucha convicción.

—O puede que nos mate.

Se habían quedado solos en el enorme comedor. Solos, en su mesa hecha trizas, con la cena menos apetitosa que habían visto jamás, y tan solo una tenue luz encendida sobre sus cabezas. Y a pesar de ello, se sentían vigilados. Siann tenía la terrible convicción de que en las esquinas oscuras había Menores encargados de pegarles un tiro si se movían de su asiento sin terminarse esa porquería.

Shiff cogió el tenedor como si fuera una espada que acababa de desenvainar. Lo alzó y clavó la primera estocada en un trozo pequeño de a saber qué.

—Que aproveche —dijo, pálido como un muerto.

Siann lo imitó. Pinchó un pedazo blando y sanguinolento. Se preguntó si se habían molestado en cocinarlo o solo era un animal en su sangre.

Se llevaron el tenedor a la boca. Masticaron con lentitud. Estaba frío y tenía un sabor que no supieron identificar.

—Parece... ¿ternera? —preguntó Shiff, después de tragar.

—No. Yo creo que es perro, o gato —respondió ella. Em-

pezó a marearse y estaba segura de que vomitaría antes de comerse el siguiente trozo.

—Prefiero imaginar que es ternera. O pollo.

Pollo. Sí, era pollo. Siann intentó creérselo con todas sus fuerzas. Cerró los ojos y se metió el tenedor cargado. Si masticaba rápido, apenas notaba la grasa blanduzca, o el cartílagos que resonaba entre sus dientes.

Pollo al horno con salsa bechamel. Eso era lo que estaba comiendo. Lo que pasaba es que se había enfriado, por eso no sabía tan bien. Comió otro pedazo. Seguramente era muslo. Otro. ¿Pechuga, esta vez? Y otro. Blando, redondo. Al morderlo, notó como si explotara en su boca. Los jugos agrios y el sabor metálico de la sangre fueron demasiado para ella. Siann se levantó de la silla, ya sin importarle si había alguien vigilándolos. Tosió y escupió. Se dobló sobre su estómago y vomitó.

Shiff no aguantó las ganas e hizo lo mismo en su lado. Tosió con fuerza y jadeó en busca de aire. Tiró todo lo que había ingerido.

—Esto no es pollo —aseguró Siann con voz raposa—. Por los Sagrados Fundadores, hasta el vómito tiene mejor pinta.

—Cállate, joder —respondió él, medio asfixiado. Tenía los ojos llorosos y seguía con la espalda torcida. Rodeó su vientre con los brazos—. Si doy un bocado más a esa mierda, juro que me moriré del asco.

Siann dio un puñetazo de rabia pura en la mesa.

—Que les den. ¡Que les den a todos! —rugió.

El eco resonó por toda la sala.

Siann se enderezó y se limpió con la mano la bilis que go-

teaba de sus labios. La boca le sabía agria y aún estaba mareada.

—Vámonos —dijo.

—¿Qué? —Shiff la alcanzó cuando llegó casi a la puerta—. No podemos marcharnos sin más.

—¿Quieres comerte eso tú solito? Porque yo no pienso dar ni un bocado más.

Shiff la agarró de la muñeca, con la rabia deformándole el rostro.

—¡Te recuerdo que eres tú la que nos ha metido en esto!

Ella intentó liberarse, pero él la tenía bien agarrada. La acercó a él, y sus rostros quedaron tan cerca que Siann podía oler el nauseabundo aliento de su compañero.

—Yo no pienso comerme solo esa basura. ¡Y no voy a arriesgarme a que me maten por tu culpa! —gritó.

—Suéltame —dijo ella, calmada solo en apariencia. Por dentro, su corazón bombeaba enloquecido—. Suéltame, Shiff.

Él dejó caer el brazo despacio, sin abandonar su mueca iracunda.

Siann estuvo tentada de darle un puñetazo y decirle que si volvía a tocarla, le arrancaría la mano, pero no tuvo valor para hacerlo. Porque Shiff tenía razón. Estaban jodidos por su culpa.

Siann abrió la boca para decir algo, pero en ese momento, la puerta se abrió.

Los ladrones entrecerraron los ojos, molestos por la fuerte luz que entró de golpe.

—¿Qué tal va esa cena? —Jorn entró al comedor. Encendió el resto de las luces y la sala quedó iluminada por com-

pleto—. Parece que el menú no es de vuestro agrado.

—Habríamos preferido verduras asadas y carne empanada, como el resto —replicó Siann sin disimular su desprecio.

Jorn la ignoró y avanzó hacia la bandeja. Miró el contenido con aprensión y se apartó con la nariz arrugada.

—Pobre Yeksoff el Casposo. No merecía acabar así.

Siann y Shiff notaron un escalofrío recorriéndoles la columna.

—Era un verdadero imbécil. Un cabrón de cuidado. Y me ha cabreado mucho esta mañana.

Jorn se acercó a los ladrones, que estaban rígidos como estatuas de hielo.

—¿Sabéis lo que hizo? Intentó robarme una bolsa llena de saddones. ¡A mí! —Jorn soltó una risotada como si fuera algo tremendamente divertido y absurdo—. Pero lo pillé en plena faena. ¿Sabéis lo que hice? —Levantó su mano con los dedos pulgar e índice en ángulo recto. Apuntó con el índice a Shiff, cerró un ojo y dijo—: *Bang, bang*.

Siann sonrió. Abrió la boca, enseñando los dientes de forma exagerada. Después, se echó a reír. No como si le hubieran contado un buen chiste, sino como si se hubiera vuelto loca de repente.

—¡Estás de broma! —rió, histérica—. ¡Es una puñetera broma! Eso de ahí —señaló el guiso burbujeante—, eso no es Yeksoff. No puede ser. ¡No puede ser! —La risa se transformó poco a poco en un chillido de horror—. ¡Ni siquiera tú puedes ser tan...! —Se contuvo antes de decir todo lo que pensaba de él.

Jorn arqueó una ceja.

—¿Estás segura? Dime, ¿cuántos años llevas en esta fa-

milia, Siann? Creo que los suficientes para saber de lo que soy capaz.

A Siann le dio vueltas la cabeza. Dio un paso hacia atrás, y si Shiff no le hubiera cogido del brazo, se habría caído.

El líder mantuvo la expresión de impasividad y dijo:

—Largaos a vuestros cuartos ahora mismo. A no ser que queráis terminar la cena.

Como respuesta, Shiff volvió a vomitar.

CAPÍTULO 5

En la noche

De camino a sus habitaciones no hablaron.

Al llegar al piso octavo, Shiff se dirigió a su cuarto con un rápido «hasta mañana». Siann quería detenerlo. Quería poner el pie en la puerta para evitar que se cerrase y pedirle disculpas por haberlos metido en problemas. Pero ni siquiera tuvo tiempo de responder.

De todas formas, tampoco se veía con fuerzas para hablar.

Su habitación estaba en el piso superior. Se apresuró a subir los escalones que faltaban. Sabía que a esas horas aún había Menores de casa limpiando los pasillos y no quería encontrarse con nadie. No es que le fueran a dar conversación —lo más probable es que la miraran con indiferencia o desdén y siguieran a lo suyo—, pero no quería ver a nadie. Necesitaba estar sola.

Abrió la puerta con su llave. Al entrar, se lanzó sobre la cama. Hundió la cabeza en la almohada. Se preguntó si aún quedaría algo de Yeksoff en su interior. Sus tripas gruñeron como respuesta, y no quiso saber si eso era un sí o un no.

Estaba furiosa. Quería correr hacia la habitación de Jorn y

estrangularlo. Después, estrangularía a Skaylark. Iría estrangulando a todo aquel con el que se encontrara por el camino. Por último, agarraría a Shiff —también del cuello, si era necesario—, y lo sacaría a rastras de allí. Se irían a vivir Orstenzer, el país natal de su amigo, lejos de la familia de Lobos. Lejos de los barrios decadentes en los que vivían.

Y cuando la Tercera Decadencia llegara, ellos dos estarían a salvo.

Siann se levantó con las piernas temblorosas. No, esa noche no mataría a nadie. En una mesa junto a la única ventana de su cuarto, había esparcidos libros, libretas y apuntes. Un desorden parecido al de la madriguera de Conejo. Tal y como ocurría con el extraño analista de mercancías, sus cosas solo las comprendía ella.

Pasó los dedos por el mapa de los Reinos de Aelos. Conformaban un total de nueve países independientes. Entre ellos, Saddlonia era el más situado al este, y hacía frontera con Carbadia y Orstenzer.

No era un mapa corriente. No hablaba de ríos, montañas o ciudades. No, ni mucho menos. Aquel era el plano de la destrucción. En todos y cada uno de esos países, había puntos y franjas pintados por ella misma en diferentes colores. El rojo marcaba las zonas donde tuvo lugar la Primera Decadencia. Cientos de puntos cruzaban los Reinos de Aelos. Cientos de terremotos, huracanes y tormentas que sacudieron el mundo en el año ochocientos setenta y dos.

El color azul era para la Segunda Decadencia. Mismos desastres, misma destrucción. Y lo más curioso: mismas zonas afectadas. Tan solo se diferenciaba en que el radio de amplitud era mayor y unía los puntos rojos. Las vidas perdi-

das en el año novecientos veintidós se contaban por millones.

Por último, el color verde. Las conjeturas. La incertidumbre. La razón principal por la que Siann necesitaba desesperadamente marcharse de Saddleton Oeste.

Y también la principal causa de sus disputas con Shiff.

—No va a haber una Tercera Decadencia. —Shiff intentaba por todos los medios convencer a su amiga de que sus investigaciones, si es que podían llamarse así, no tenían ningún sentido.

—¿Y qué me dices de esto? —Siann abrió una de sus muchas libretas, con uno de sus múltiples planos—. Hace cinco días hubo un maremoto en la costa este de Carbadia. Y mira: un terremoto cerca de Corellían, la ciudad carbadiense que quedó destruida por completo durante la Segunda Decadencia. Están ocurriendo otra vez. Y estamos en pleno epicentro de todos los desastres que puedan ocurrir.

—Hace como cien años de la segunda. Te estás poniendo paranoica.

—Ah, ¿sí? ¡Pues mira esto! —Siann le mostró una hoja de un periódico reciente—. Ayer mismo. «Huracán en el norte de Ioronda». ¿Sabes que ocurrió hace cien años en Ioronda? ¡Exacto, un huracán arrasó el norte de la ciudad! De momento no suponen un gran daño, pero irán a más.

Shiff resopló y apartó la hoja de su cara.

—Basta ya. Todos los años, todos los días, ocurren desgracias en el mundo. Eso no significa nada. No me vas a convencer de tus locuras.

Shiff se marchó de su cuarto malhumorado el día en que Siann decidió compartir con él sus teorías. Era cierto que no

eran gran cosa —tampoco es que Siann fuera una gran investigadora ni tenía los medios para ello—, pero en su interior sentía que estaba en lo cierto. En poco tiempo, la Tercera Decadencia llegaría, causando verdadera devastación por todas partes y llevándose miles de vidas en cada territorio.

Su insistencia funcionó para poner a Shiff de su lado. Continuaba mostrándose escéptico, pero al menos le había ayudado a cometer el robo en palacio. Con el dinero que consiguieran, se marcharían de allí y empezarían una nueva vida en Barsziorka, la ciudad de Orstenzer más alejada de las Decadencias previas. Y según sus cálculos, una de las menos vulnerables cuando llegara la Tercera.

Siann rebuscó entre los muchos bolsillos de su chaqueta hasta dar con un montón de hojas plegadas. Se acomodó en la silla y las abrió ante sí. Eran restos de periódicos de los últimos cinco días. En cada uno de ellos se mencionaba un desastre ocurrido en diferentes puntos del mundo. *Terremoto en la capital de Jeoris deja más de cincuenta muertos y decenas de desaparecidos. Tornado arrasa al oeste de Carióti de obligando a cientos de familias a abandonar sus hogares. Maremoto causa la destrucción de las ciudades costeras de Zerustria al oeste de la isla.* Todos aquellos titulares le sirvieron para seguir completando puntos de colores en su mapa. Shiff se negaba a verlo, pero ella y cada vez más gente temían lo peor. Todo aquello solo era el principio. Lo peor estaba por venir.

Cuando terminó de apuntar sus últimos descubrimientos, volvió a lanzarse a la cama. No podía dejar de darle vueltas a las historias que le contaba Zargott, el líder de su antigua familia. Nunca dejaba de hacerlo. Aunque su mente seguía

divagando entre leyendas e historias verídicas, el cansancio acabó venciendo.

Shiff tenía los ojos abiertos de par en par. Por más que intentaba dormir, cada vez que los cerraba regresaba a él la imagen de Yeksoff guisado. Yeksoff descuartizado en la bandeja, bañado en sangre y fluidos. Yeksoff en su tenedor, en su boca, en su estómago...

Volvió a abrir los ojos de golpe. Así no podría dormir. Iba a ser una noche larga.

Apartó las mantas de su cama y se metió en el baño. Todas las habitaciones tenían uno porque en su momento todas fueron tiendas con su propio aseo y salita de descanso para los trabajadores. A Siann siempre le había dado curiosidad saber qué comercio había sido cada una. Cuando la conoció el mismo día en que Shiff llegó a la familia, Siann le preguntó si quería que averiguara qué clase de negocio había sido su nuevo cuarto.

Cuando aquella chica le habló, lo primero que pensó es que era fea. No fea como una bruja de cuento, con verrugas, nariz enorme y pelo canoso. Simplemente, no era guapa. En su sonrisa, faltaba un diente en el lado derecho. Sus ojos eran de un marrón claro que recordaba al caramelo, pequeños y algo separados. Su nariz estaba torcida, quizá porque se la había roto un par de veces. Llevaba demasiado corta y enmarañada su melena castaña para resultarle atractiva. Y, sobre todo, era flacucha. Muy flacucha.

Él la miró con indiferencia y respondió:

—Me importa una mierda.

Creyó que se ofendería y se alejaría con expresión triste y

la cabeza gacha a dar por culo a otro sitio. En cambio, solo se encogió de hombros y dijo:

—Como quieras.

Se marchó, sí. Pero con la cabeza bien alta y sin dar muestras de ofensa alguna.

En aquel momento, sin saber bien por qué, le pareció un poco más bonita.

Abrió el grifo y llenó un cubo hasta casi el borde. El único defecto de aquellos baños es que no tenían una ducha como tal. Tenía un desagüe en el suelo, construido de mala manera después del abandono del Mercado Oeste. Tenía un cubo de plástico, una esponja vieja y descolorida y una pastilla de jabón casi acabada. Shiff llevaba tiempo pensando en pedirle a Skaylark o a Jorn que le proporcionara una esponja y una pastilla nueva, pero nunca le parecía buen momento. Conociéndolos, quizá le harían meterse el jabón por el culo *para ganárselo*.

Se echó el agua fría sobre el cuerpo desnudo. Normalmente odiaba el golpe helado del agua, pero en aquel momento lo necesitaba. Se enjabonó rápidamente y volvió a echarse otro cubo encima. Se secó con una toalla húmeda y volvió al cuarto.

Se tumbó en la cama. Cerró los ojos. Su estómago resonó y Shiff volvió a abrir los ojos de golpe. Se preguntó si, después de vomitar varias veces, se había deshecho de todos los restos de Yeksoff.

Una oleada de rabia le hizo golpear la almohada. Una vez. Luego otra. Y otra. Asestó un nuevo puñetazo, imaginando que era la cara de Jorn. La cara de Skaylark. Incluso la cara de Gordo Bor. Tenía ganas de gritar. Quería llamar a la puer-

ta de Siann y rogarle que se fueran de allí esa misma noche. Quería huir, marcharse donde nadie los reconociera.

Con un último puñetazo, flojo por el cansancio, Shiff dejó caer la cara sobre la almohada. Se había quedado fofa. Parte del relleno de algodón había escapado por un agujero. El resto, había quedado triturado bajo el arrebato de Shiff.

Resignado, cerró los ojos e intentó pensar en Siann. En su plan de huida. En la nueva vida que ella ansiaba para los dos. Nada de robos, nada de Yeksoff, nada de familia.

Solo la libertad. Un sueño que no se cumpliría.